



Y no nos introduzcas en la tentación

La Iglesia al comenzar la Cuaresma nos regala una serie de lecturas que nos ponen de frente a la realidad misteriosa, profunda y tremenda del pecado y de la tentación. El misterio Pascual de Cristo en el que confluye este tiempo de penitencia, solo se entiende desde el misterio del pecado del hombre. Es verdad de fe que, del pecado de Adán y Eva, *se deriva todo el mal de la historia del mundo* —la muerte, la enfermedad, el sufrimiento, la guerra—. De alguna manera ellos, como padres primigenios de toda la humanidad, son los responsables del «pecado del mundo».

El pecado: soberbia y desconfianza. La Sagrada Escritura nos revela este primer pecado como un *sobrepasar la norma de Dios*, hacerse como Dios, querer construir un paraíso en la tierra sin mendigar el don de Dios, sin su gracia. Esto mismo, de un modo aún más explícito, proponen las ideologías liberales democráticas actuales, poniendo al hombre en un abismo de auto-exaltación. Es un querer alcanzar su propio fin no por don sino por sí mismo. ¿Quién puede negar que esto no aparezca como la meta suprema a la que aspira todo hombre? Y sin embargo la verdad es que esta tentación, como toda tentación, esconde una mentira: «Dios sabe muy bien —dice el demonio— que cuando comáis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». Así Dios aparece, en la misma mentira de la tentación, como alguien que usurpa algo que nosotros podríamos alcanzar por nosotros mismos y por lo tanto *alguien del cual debemos desconfiar* lanzándonos por nuestro propio camino. Entrando la desconfianza, la relación se rompe, y una vez rota, ya no hay fe, ni nada: Dios ha pasado a ser nuestro enemigo. Esto ocurre con la tentación y el pecado. Esto ocurre hoy en el mundo.

El Introito de este primer domingo de Cuaresma pone

en nuestros labios el Salmo 90 «Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente, di al Señor: “Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti». Esto es precisamente lo contrario de la desconfianza, y por tanto, el camino por el cual hemos de retornar a Dios. Es un acto de confianza en el cual subsiste fe. «Señor, creo en ti, por eso confío. Señor, te amo, por eso creo en ti. Señor tengo fe de ti, por eso mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo». Y el salmo continúa: «Él te libraré de la red del cazador, de la peste funesta. Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás, su brazo es escudo y armadura». Es Dios mismo quien nos cuida como a la niña de sus ojos. Por eso, sigue diciendo el salmo: «no temerás el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a mediodía. Caerán a tu izquierda mil, diez mil a tu derecha: a ti no te alcanzará». Mientras confiemos en Dios, no nos alcanzará el pecado. En cambio: «nada más mirar con tus ojos, verás la paga de los malvados, porque hiciste del Señor tu refugio, tomaste al Altísimo por defensa. No se te acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra; caminarás sobre áspides y víboras, pisotearás leones y dragones». Y como si fuera poco, Dios mismo responde: “Se puso junto a mí: lo libraré; lo protegeré porque conoce mi nombre, me invocará y lo escucharé. Con él estaré en la tribulación, lo defenderé, lo glorificaré; lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación”».

El demonio puede tentarnos en todo momento a lo largo de nuestra vida, según se lo permita Dios; aún en los momentos de oración y después de la comunión nos puede inspirar pensamientos contra la fe, la esperanza, la castidad

y demás virtudes, lanzar nuestra imaginación a la rebeldía, o soliviantar en nosotros todo tipo de pasiones. A este respecto querría recordar la centralidad del camino de la infancia espiritual de Santa Teresa del Niño Jesús juntamente con San Claudio La Colombière: *es la confianza y sólo la confianza la que nos elevará a la cumbre de la santidad*. Y esa confianza tiene donde apoyarse: Cristo mismo ha rogado por nosotros cuando dijo al Padre, en la oración sacerdotal: «no te pido que los saques de este mundo, sino *que los preserves del Maligno*» (Jn 17,15). Si creemos en Jesucristo el Señor que ha rogado para que perseveremos en la gracia y no nos

apartarnos de El, si desconfiando de nosotros, ponemos nuestra esperanza en El, ya que el Padre nos ve y nos ama en su Hijo, El también nos librá del maligno, y enviará a sus *Ángeles buenos* que se acerquen a nosotros para servirnos.

Pidamos a la Virgen María, cuya vida transcurrió en un acto ininterrumpido de confianza, que nos alcance el don de confiar en Dios. Que, guiándonos en el camino de la Cuaresma, nos ayude a dejar todo lo que nos aparta de la escucha de Cristo y de su palabra de salvación, dándonos la victoria en la hora de la tentación. Amén.